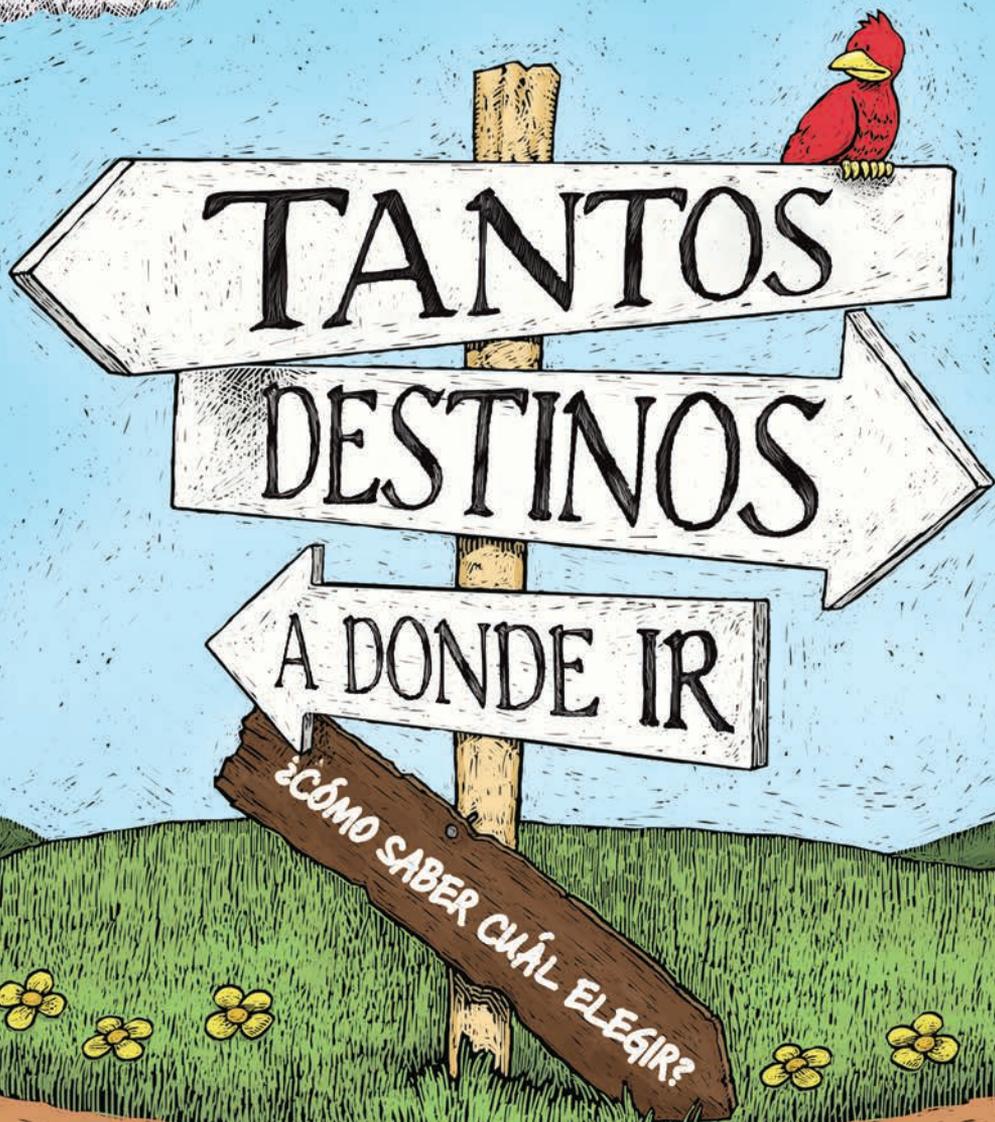


JOHN ORTBERG



Dios le ha abierto una puerta.
Usted, ¿qué hará?

JOHN ORTBERG



Dios le ha abierto una puerta.
Usted, ¿qué hará?

Visite Tyndale en Internet: www.tyndaleespanol.com y www.BibliaNTV.com.

TYNDALE y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers, Inc.

Tantos destinos a donde ir... ¿cómo saber cuál elegir?: Dios le ha abierto una puerta. Usted, ¿qué hará?

© 2017 por John Ortberg. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en 2015 como *All the Places to Go . . . How Will You Know?* por Tyndale House Publishers, Inc., con ISBN 978-1-4143-7900-5.

Ilustraciones de la portada y del interior © 2014 por Jeff Gregory. Todos los derechos reservados.

Fotografía del autor © 2013 por Lynn Doty. Todos los derechos reservados.

Diseño: Jacqueline L. Nuñez

Edición del inglés: Jonathan Schindler

Traducción al español: Adriana Powell Traducciones

Edición del español: Christine Kindberg

Publicado en asociación con la agencia literaria Yates & Yates (www.yates2.com).

El texto bíblico sin otra indicación ha sido tomado de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con NVI ha sido tomado de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,[®] NVI.[®] © 1999 por Biblica, Inc.[®] Usado con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

El texto bíblico indicado con RVR60 ha sido tomado de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Usado con permiso. Reina-Valera 1960[®] es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con RVA2015 ha sido tomado de la Versión Reina Valera Actualizada © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con TLA ha sido tomado de la Traducción en lenguaje actual © Sociedades Bíblicas Unidas, 2000. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con DHH ha sido tomado de la Biblia *Dios habla hoy*[®], Tercera edición © Sociedades Bíblicas Unidas, 1966, 1970, 1979, 1983, 1996. Usado con permiso.

El texto bíblico indicado con LBLA ha sido tomado de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS[®], © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

ISBN 978-1-4964-2261-3

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

23	22	21	20	19	18	17
7	6	5	4	3	2	1



Tyndale House Publishers, Inc.
Carol Stream, Illinois

Contenido

- CAPÍTULO 1 Tantos destinos a donde ir... ¿cómo saber cuál elegir? 1
- CAPÍTULO 2 Las personas de puertas abiertas y las personas de puertas cerradas 23
- CAPÍTULO 3 Ya no «FOMO»: Superando el miedo a perderse algo 61
- CAPÍTULO 4 Mitos comunes sobre las puertas 85
- CAPÍTULO 5 ¿La puerta 1 o la puerta 2? 111
- CAPÍTULO 6 Cómo cruzar el umbral 143
- CAPÍTULO 7 Lo que las puertas abiertas le enseñarán (acerca de usted mismo) 175
- CAPÍTULO 8 El complejo de Jonás 197
- CAPÍTULO 9 Gracias a Dios por las puertas cerradas 229
- CAPÍTULO 10 La puerta en el muro 251

Epílogo 275

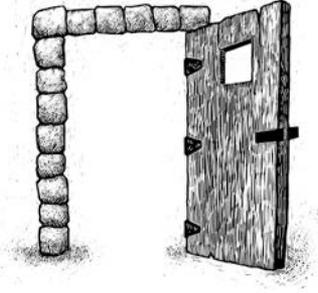
Agradecimientos 291

Notas 293

Acerca del autor 298

CAPÍTULO I

TANTOS DESTINOS A DONDE IR... ¿CÓMO SABER CUÁL ELEGIR?



SI USTED TUVIERA QUE resumir su vida en seis palabras, ¿cuáles serían?

Hace varios años, una revista electrónica hizo esa pregunta. Se inspiró en el desafío posiblemente legendario que le propusieron a Ernest Hemingway de escribir un cuento de seis palabras, lo que dio lugar al clásico «Vendo: zapatos de bebé, sin usar».

La revista fue inundada por tantas respuestas que el

sitio web casi colapsó, y finalmente formaron un libro con las respuestas. *Not Quite What I Was Planning* (No exactamente lo que tenía planeado) está lleno de autobiografías escritas por autores «célebres y desconocidos». Las memorias abarcan de lo gracioso a lo irónico y de lo inspirador a lo desgarrador:

- «Un diente, una caries; vida cruel».
- «Síndrome de salvador trae muchas desilusiones».
- «Maldecido con cáncer. Bendecido con amigos». (Este no fue escrito por una abuela sabia y mayor, sino por un niño de nueve años con cáncer de tiroides).
- «El vidente me vio más rica». (En realidad, esta autora podría ser más rica si dejara de despilfarrar dinero en videntes).
- «La tumba no dirá: “Tenía seguro”».
- «No soy buen cristiano, pero intento».
- «Pensé que yo tendría mayor impacto»¹.

El desafío del límite de seis palabras es que exige concentrarse en lo más importante para captar brevemente algo que tenga sentido. Una vez, Winston Churchill devolvió a la cocina un pudin porque «le faltaba un tema». Yo no quiero que mi vida sea como el pudin de Winston.

Es impresionante pensar en qué escribirían los personajes bíblicos para sus memorias de seis palabras. Me parece que girarían en torno a la intersección entre la historia de la vida de cada persona y la historia de Dios. Todos se inspirarían

en la oportunidad divina que Dios les puso enfrente y la respuesta (el sí o no) que dio forma a su vida.

- Abraham: «Dejé Ur. Fui padre. Sigo riéndome».
- Jonás: «“No”. Tormenta. Arrojado. Ballena. Vomitado. “Sí”».
- Moisés: «Zarza ardiente. Diez mandamientos. Charlton Heston».
- Adán: «Ojos abiertos; no encuentro mi hogar».
- Sadrac, Mesac y Abed-nego: «Rey estaba caliente. El horno, no».
- Noé: «Odié la lluvia; amé el arcoíris».
- Esaú: «Al menos el guiso estuvo bueno».
- Ester: «Un bombón. Mardoqueo, expón. Israel fortachón».
- María: «Pesebre. Dolor. Gozo. Cruz. Dolor. Gozo».
- El hijo pródigo: «Malo. Apenado. Papá animado. Hermano enojado».
- El joven rico: «Jesús llamó. Partí triste. Todavía rico».
- Zaqueo: «Bajito, al sicomoro. Más pobre, feliz».
- La mujer sorprendida en adulterio: «Conquisté un hombre. Soltaron las piedras».
- El buen samaritano: «Vine, vi, me detuve para ayudar».
- Pablo: «Damasco. Ciego. Sufrir. Escribir. Cambiar mundo».

«No exactamente lo que tenía planeado» es la autobiografía de seis palabras que cualquiera de ellos podría

haber escrito. En ninguno de estos casos habrían podido predecir dónde los llevaría la vida. Sus planes fueron interrumpidos. Se les ofreció una oportunidad o corrieron peligro, o ambos. Así funciona la vida. No somos ni los autores ni los peones de las historias de nuestra vida, sino, de alguna manera, socios del destino, la suerte, las circunstancias o la providencia. Y los autores de la Biblia insisten en que, por lo menos algunas veces, en al menos algunas vidas (en cualquier vida en la cual la persona esté dispuesta), ese Socio invisible puede ser Dios.

A menudo en la Biblia, estas oportunidades parecen llegar en envoltorios inconfundibles. Una zarza ardiente. Un ángel luchador. Una mano escribiendo sobre la pared. Un vellón. Una voz. Un sueño. Un burro que habla como el de *Shrek*.

Pero, diseminada a lo largo de las Escrituras, hay otra imagen de la oportunidad inspirada por Dios que a mí me resulta más fácil de identificar con lo que he visto. Es la imagen de la posibilidad divina que sigue llegando a cada vida. Es una imagen que he atesorado desde que mi profesor en la universidad, Jerry Hawthorne, me la presentó:

Escribe esta carta al ángel de la iglesia de Filadelfia.
Este es el mensaje de aquel que es santo y verdadero,
el que tiene la llave de David. Lo que él abre, nadie
puede cerrar; y lo que él cierra, nadie puede abrir: Yo
sé todo lo que haces y te he *abierto una puerta* que
nadie puede cerrar. Tienes poca fuerza; sin embargo,

has obedecido mi palabra y no negaste mi nombre.
(Apocalipsis 3:7-8; el énfasis es mío)

La puerta, dijo el Dr. Hawthorne, es una de las imágenes más ricas de la literatura. Puede significar seguridad («mi puerta está encadenada y cerrada con llave») o lo oculto («nadie sabe qué pasa tras las puertas cerradas»). Puede significar rechazo («me cerró la puerta en la cara») o descanso (para las madres jóvenes, el sitio preferido de la casa es el baño, donde pueden cerrar la puerta y estar solas).

Pero en este pasaje, la puerta no significa ninguna de esas cosas. Más bien, es una puerta *abierta*, símbolo de «oportunidades infinitas. De posibilidades ilimitadas de hacer algo que valga la pena; de comienzos espectaculares de nuevas y desconocidas aventuras de una vida con sentido; de oportunidades jamás imaginadas para hacer el bien, para hacer que nuestra vida cuente para la eternidad»².

Una puerta abierta es la gran aventura de la vida porque significa la posibilidad de serle útil a Dios. La oferta de ella, y nuestra respuesta a ella, son el tema de este libro.

Dios puede abrir una puerta para cualquiera

Cuando mi papá estaba a punto de cumplir cincuenta años, un día mi mamá le preguntó de repente, en la cocina: «John, ¿es esto lo único que vamos a hacer por el resto de nuestra vida? ¿Nada más que la misma rutina de ir al trabajo y hablar con las mismas personas?». Mi papá, un contador público muy estable, que siempre había vivido en Rockford, Illinois, y que nunca

había pensado en vivir en ninguna otra parte, dijo: «Supongo». Pero empezó a preguntarse si podía haber algo más.

A menudo, la puerta abierta hacia otra habitación comienza con un sentido de descontento con la habitación en la que uno está en ese momento.

De un modo muy inesperado, a través de mi esposa, una iglesia del sur de California le ofreció un empleo a mi papá. Sin embargo, habría sido una mudanza bastante extrema: a más de tres mil kilómetros del único lugar donde había vivido toda su vida, en un trabajo para el cual no estaba preparado, con personas que no conocía. Luego de ir a investigarlo, les dijo a los líderes de la iglesia que simplemente no iba a funcionar: el sueldo era demasiado bajo, las casas eran demasiado caras, el cambio de profesión era demasiado grande, la jubilación era demasiado pequeña, él estaba demasiado viejo y la gente era demasiado rara.

Era la decisión acertada, pensó. Habría sido un riesgo demasiado grande. Suspiró con alivio y se fue a su casa.

Pero ciertas cosas extrañas comenzaron a suceder después de que él dijo que no. Una noche, mi papá tuvo un sueño en que parecía que Dios le decía: «John, si te mantienes en este rumbo, no sembrarás ni cosecharás». Mi padre era de una iglesia sueca muy impasible y poco expresiva, en la que las personas podían hablarle a Dios, pero nunca esperaban que Dios les hablara a ellas. Ni siquiera hablaban mucho entre sí. Así que no pensó mucho en el sueño.

Cuando se despertó, leyó en el diario de mi mamá (otra cosa que nunca había hecho), donde ella había escrito: «No

sé cómo orar por John; no me parece que esté haciendo lo que Dios quiere que haga».

Todo eso causó que no quisiera ir a la iglesia, así que se quedó en casa, pero terminó viendo un culto eclesialístico por televisión, en el cual el predicador dijo: «Si es posible tener pruebas, la fe es imposible». Lo impactó la idea de que él había querido pruebas de que si aceptaba ese nuevo trabajo, todo saldría bien. Pero, si el predicador estaba en lo cierto, semejante prueba excluiría lo que Dios más quería, que era la fe de mi papá.

Así que, a la semana siguiente, volvió a la iglesia. El sermón era sobre el ABCD de la fe: que uno tiene que *abandonar* la vieja vida, *creer* que las promesas de Dios son confiables y *dedicarse* a un nuevo viaje.

Entonces, mi papá tomó un avión para ir de vuelta a California, a pesar de que el pastor de la iglesia californiana le dijo que estaban examinando a otros candidatos. Mientras estaba en el avión, abrió su Biblia y se encontró con un pasaje en el que Dios le prometió al pueblo que si abandonaban sus ídolos de oro y plata, llegaría el tiempo en que sembrarían y cosecharían.

Básicamente, tomó todo esto como una puerta abierta.

Recientemente, mi hermana, mi hermano y yo pasamos tres días juntos con mis padres para celebrar el octogésimo cumpleaños de mi papá. Ahora está jubilado, igual que mi mamá, pero ellos se mudaron a esa iglesia en California y formaron parte del personal allí durante veinticinco años, y esa fue la gran aventura, apasionante y arriesgada, de su vida.

Escribimos ochenta tarjetas, ochenta recuerdos de la vida con mi papá. Fue sorprendente cómo nos inundaron los recuerdos: la voz de mi papá cuando nos leía un cuento en la niñez, las fichas de matemáticas con las que solía enseñarnos, el aroma de su perfume Aramis que yo le pedía prestado cuando tenía una cita.

Pero la tarjeta más impresionante que había en el frasco de mi papá, la decisión que marcó un Antes y un Después en su vida, fue su elección de pasar por una puerta abierta que él no inició, que nunca había esperado y para la que no se sentía preparado.

«Tienes poca fuerza», le dice Dios a la iglesia de Filadelfia. Es posible que los de esa iglesia no se hayan sentido sumamente halagados cuando leyeron esa línea. Pero qué regalo saber que las puertas abiertas no están reservadas para los que son especialmente talentosos ni los extraordinariamente fuertes. Dios puede abrir una puerta para cualquiera.

Dios puede abrir una puerta en cualquier circunstancia

Viktor Frankl fue un médico brillante a quien los nazis encerraron en un campo de concentración. Le quitaron el sustento, confiscaron sus bienes, se burlaron de su dignidad y mataron a su familia. Lo metieron en una celda sin salida alguna. Una habitación que no tiene una puerta abierta es una prisión. Pero él encontró una puerta que sus guardias no conocían: «A un hombre le pueden quitar todo menos una cosa, la última de las libertades humanas: elegir la actitud propia en cualquier clase de circunstancias, elegir el camino propio»³.

Frankl descubrió que las puertas no son únicamente físicas. Una puerta es una elección. Descubrió que cuando las circunstancias le cerraron todas las puertas exteriores, le revelaron las que importan mucho más: las puertas por las cuales el alma puede dejar el temor y pasar a la valentía, dejar el odio y pasar al perdón, dejar la ignorancia y pasar al aprendizaje. Descubrió que, de hecho, los guardias eran mucho más prisioneros (de la crueldad, la ignorancia y la insensata obediencia al salvajismo) que él, que estaba entre paredes y alambres de púa.

Algunas personas aprenden esto y logran la libertad; otras nunca lo ven y viven como prisioneros. Siempre hay una puerta.

La investigadora de Columbia, Sheena Iyengar, ha descubierto que una persona promedio toma alrededor de setenta decisiones conscientes por día⁴. Eso representa 25.550 decisiones por año. En setenta años, suman 1.788.500 decisiones. Albert Camus dijo: «La vida es la suma de todas las decisiones». Si junta esas casi dos millones de decisiones, la suma es quien usted es.

La capacidad de reconocer las puertas (de descubrir la gama de posibilidades que tenemos enfrente a cada momento y en toda circunstancia) es una habilidad que se puede aprender. Introduce la posibilidad de la presencia y el poder de Dios a cualquier situación sobre la faz de la tierra. Quienes estudian a los emprendedores dicen que estos sobresalen en algo llamado «estado de alerta de oportunidades». Ellos ven la misma circunstancia que los demás, pero «le prestan atención a las oportunidades que, hasta ese momento, han sido

ignoradas». Están «alerta, a la espera, continuamente receptivos a algo que podría presentarse»⁵. Tal vez haya una especie de «estado de alerta de oportunidades divinas» que podemos desarrollar.

A veces, la oportunidad no implica ir a un lugar nuevo; significa encontrar una oportunidad nueva, que anteriormente no se había reconocido, en el lugar de siempre. En cierto sentido, esa es la sorprendente historia del pueblo de Israel. Israel creía que iba en camino a la grandeza como nación, con un ejército poderoso y riquezas abundantes. En lugar de ello, conoció el exilio y la opresión. Pero cuando se le cerró la puerta de la grandeza nacional, vino la puerta abierta hacia una forma de grandeza espiritual. Israel transformó la vida espiritual y moral del mundo. Y, mientras que el pueblo asirio, el babilonio y el persa llegaron y se fueron, el regalo de Israel para la humanidad permanece.

En la Biblia, las puertas abiertas nunca están solo para el beneficio de las personas a quienes son ofrecidas. Implican una oportunidad, pero es la oportunidad de bendecir a otra persona. Una puerta abierta puede parecerme muy emocionante, pero no existe solamente para mi beneficio.

Una puerta abierta no es únicamente la imagen de algo bueno. Conlleva un bien que todavía no conocemos del todo. Una puerta abierta no brinda una visión completa del futuro. Una puerta abierta significa oportunidad, misterio, posibilidad, pero no es una garantía.

Dios no dice: «He puesto delante de ti una hamaca».

Tampoco dice: «He puesto delante de ti una serie de

instrucciones detalladas acerca de qué tienes que hacer exactamente y qué sucederá exactamente como resultado».

Una puerta abierta no significa que todo será placentero y tranquilo cuando estemos del otro lado. Una de esas memorias de seis palabras podría haber sido escrita por Jesús: «Síndrome de salvador trae muchas desilusiones». Una puerta abierta no es un plano ni una garantía.

Es una puerta abierta. Para descubrir qué hay del otro lado, tendrá que atravesarla.

Dios puede abrir puertas de una manera muy silenciosa

Dios no suele decirnos qué puerta escoger. Esta es una de las características más frustrantes de Dios.

Hace muchos años, mi esposa, Nancy, y yo estábamos frente a una puerta abierta. Teníamos por delante la decisión de mudarnos muy lejos: de California, que era el hogar de toda la vida de Nancy, a una iglesia llamada Willow Creek, cerca de Chicago. Era una decisión muy difícil: ir a esa iglesia en Chicago o quedarnos en California. Íbamos manejando en el viaje para tomar la decisión el mismo día y por la misma autopista en la que O. J. Simpson hizo su famoso escape a poca velocidad en su Bronco blanca.

Yo me inclinaba hacia la elección de Chicago porque creía que, si no iba allá, siempre me preguntaría cómo podría haber sido. (Quedamos marcados por las puertas que atravesamos y por las que no atravesamos). Nancy se inclinaba hacia California porque la iglesia de Chicago estaba en Chicago. Lo pensamos y oramos y lo hablamos una y otra vez. Elegir una puerta pocas

veces es fácil. Me torturaba el temor a equivocarme. ¿Qué sucedería si Dios quería que yo eligiera la puerta número 1, pero yo escogía la número 2? ¿Por qué no me podía hacer más sencilla la decisión?

No siempre logramos saber qué puerta deberíamos atravesar. Jesús le dice a la iglesia de Filadelfia: «Te he abierto una puerta» (Apocalipsis 3:8). Pero no dice específicamente qué puerta es. Solo puedo imaginarme las preguntas que tenían: *¿Cómo lo sabremos? ¿Debemos ponerlo a votación? ¿Qué pasa si atravesamos la puerta equivocada?*

En mi vida, esta ha sido una parte irónica y, a menudo, dolorosa. Dios abre puertas, pero luego no parece decirme cuáles debo atravesar.

Provengo de una larga línea de predicadores, con una larga lista de historias de cómo recibieron su «llamado». Mi bisabuelo, Robert Bennett Hall, se escapó de un orfanato cuando tenía doce años; terminó trabajando para un comerciante y se casó con su hija. Un día, estaba barriendo la tienda cuando recibió el llamado; dejó la escoba, fue a su casa y le dijo a mi bisabuela que había sido llamado a ser predicador.

Mi cuñado, Craig, estaba trabajando en un supermercado cuando recibió lo que para él fue un llamado inequívoco a hacerse pastor. Recibió su llamado en el sector de alimentos congelados.

Yo nunca recibí un llamado; por lo menos, no de esa manera. A veces pasaba largos ratos en los supermercados, pero nunca recibí un llamado. Me llevó muchos años entender que Dios quizás tenga sus buenos motivos para dejarnos

a nosotros las decisiones, en lugar de enviarnos correos electrónicos diciéndonos qué hacer.

Cuando llegó la invitación para ir a Chicago, enfrenté el mismo dilema. Si los pastores se cambian de iglesia, se supone que deben tener un llamado claro, especialmente si la nueva iglesia es más grande que la anterior. Los pastores suelen decir cosas como «Yo no quería ir a ninguna parte, pero tenía esta rara sensación de intranquilidad en mi espíritu, y tuve que obedecer». Los pastores casi nunca dicen algo como «Esta iglesia es mucho más grande que mi vieja iglesia, y estoy súper entusiasmado al respecto».

Pero yo tenía pensamientos por el estilo. Sabía que no eran mis mejores pensamientos, ni los únicos pensamientos, pero estaban ahí junto a los otros. Y tuve que luchar con ellos. Creo que es una parte del porqué Dios obra a través de las puertas abiertas; ellas nos ayudan a luchar con nuestros verdaderos sueños y propósitos.

Así que Nancy y yo luchamos con esta decisión. Mientras analizábamos qué hacer, mi amigo Jon me dio un libro que había sido escrito hacía poco y que yo no había leído. Era de un hombre llamado Dr. Seuss, a quien yo nunca había consultado en busca de orientación profesional. Había escrito:

Con cerebro en la cabeza.

Y dos pies en los zapatos.

Puedes descubrir el mundo

Donde quieras, de inmediato. [...]

¡Oh, cuán lejos llegarás! [...]

*Pero no siempre no lo harás,
Porque a veces no podrás⁶.*

Oh, cuán lejos llegarás. Esta fue la promesa que les llegó a todos esos personajes de la Biblia. Esta es la promesa del Dios de la puerta abierta.

Me parece que, cada año, las palabras del Dr. Seuss afectan muy profundamente a miles de alumnos recién egresados porque lo que importa no es la garantía del resultado. Lo que importa es la aventura del viaje. Eso fue lo que más me impactó la primera vez que leí el libro.

Pensé en mis padres y en la gran aventura de sus vidas al mudarse de Illinois a California. Pensé en cuán fuerte fue el arrepentimiento de mi papá cuando dijo el no prudente y cuán intensa fue su alegría cuando dijo el sí arriesgado.

Finalmente, decidimos ir a Chicago. Hasta donde nos dimos cuenta, no recibimos una orden divina ni tuvimos indicadores sobrenaturales. Pero lo decidimos porque la aventura de la respuesta afirmativa parecía más viva que la seguridad de la respuesta negativa.

Muy pocas veces en la Biblia Dios se dirige a alguien y le dice: «Quédate». Dios casi nunca interrumpe a alguien y le pide que se quede cómodo, seguro y rodeado de lo familiar. Él abre una puerta y los llama a atravesarla.

La asombrosa verdad es que este mismo momento está lleno de oportunidades. ¿Qué podría estar haciendo usted

en este preciso instante que no está haciendo? Podría estar aprendiendo a hablar chino. Podría estar entrenándose para una maratón. Podría estar iniciando una sesión en eHarmony para buscar (y posiblemente encontrar) al amor de su vida. Podría estar contándole a un amigo un secreto que jamás le ha contado a ningún otro ser viviente. Podría estar patrocinando a un niño pobre. Podría estar mirando *The Bachelor*, o comprando el cuchillo más afilado del mundo gracias a una teletienda o finalmente pidiendo esa cita de terapia que su cónyuge lleva años animándolo a hacer.

Hay una puerta abierta.

Pero ¡espere! Hay más. Una «puerta abierta» no es una frase para describir una oportunidad cualquiera. Una puerta abierta es una oportunidad provista por Dios, para actuar *con* Dios y *para* Dios. En ese pequeño pasaje dirigido a la iglesia de Filadelfia, el apóstol Juan tiene una expresión maravillosa. Él escribe que lo que está ante la iglesia es, literalmente, una puerta *que alguien ha abierto*. Por reverencia, los escritores judíos a menudo evitaban escribir directamente la palabra *Dios*. Entonces, así es como Juan dice que la oportunidad que se les ofrecía no apareció de la nada. Dios estaba obrando. Lo que tenemos delante de nosotros es más que algo simplemente humano. No son solo puertas abiertas, sino puertas que *han sido abiertas*.

El comienzo de la historia del pueblo de Dios llega con la oferta inesperada de una puerta abierta. Le llegó a un hombre llamado Abram, bajo la categoría de «no exactamente lo que tenía planeado». Dios lo comenzó todo

al acercarse a una pareja de ancianos antes de que Israel siquiera existiera:

*Abram y Sarai, ¡hoy es el día!
Trae a tu papá, Taré, y sigue con tu vida.*

*Deambularán como nómadas con dromedarios,
y quizás tengan un bebé siendo nonagenarios.*

*Te marcará tu fe, te marcará una visión,
te marcará (quizás no te guste) la circuncisión.*

*Como las estrellas del cielo tus descendientes serán,
a pesar de las mentiras que ustedes dirán.*

*Te perderás y te confundirás y mucho miedo tendrás.
Esperarás mucho tiempo y errores cometerás.*

*No sabrás qué decir, no sabrás qué hacer,
pero, en ti, los pueblos serán bendecidos por doquier.*

*Con tu fe enredada, harás más de lo que sabrás,
y yo te prometo esto: ¡Oh, cuán lejos llegarás!*

Y se fueron. En cierto sentido, toda la historia de la Biblia depende de este momento. El autor de Génesis lo expresa con dos palabras: *wayyelech Avram*. «Abram partió».

No exactamente lo que tenía planeado.
Oh, cuán lejos *wayyelech*-rás.

Dios puede usar una «puerta equivocada» para moldear un corazón correcto

En el Nuevo Testamento, Santiago dice que si a alguno de nosotros nos falta sabiduría, debería pedírsela a Dios. No dice que le preguntemos a Dios qué puerta atravesar, sino que le pidamos las herramientas para elegir con sabiduría.

La principal voluntad de Dios para su vida no son los logros por acumular; es la persona en la cual usted se transforma. La voluntad principal de Dios para su vida no se trata de qué trabajo debería aceptar; no es fundamentalmente situacional ni circunstancial. No se trata principalmente de en qué ciudad vive, o si se casa o cuál debería ser su vivienda. La principal voluntad de Dios para su vida es que usted se transforme en una persona magnífica a la imagen de él, alguien con el carácter de Jesús. Eso es, sobre todo, lo que Dios quiere para su vida. Ninguna circunstancia puede impedirlo.

Todos lo entendemos, especialmente los padres. Si usted es padre, ¿quisiera tener esa clase de hijos a los que hay que decirles toda la vida: «Ponte esta ropa. Métete a estas clases. Ve a tal universidad. Postula a este trabajo. Cásate con esta persona. Compra esta casa», y siempre tiene que ver que hagan exactamente lo que les dice, por toda la vida? (La respuesta correcta a esta pregunta es «No». No, no querría que las cosas fueran así).

¿Por qué? Porque su meta principal no es que ellos sean pequeños robots que cumplen instrucciones; su meta es que ellos lleguen a ser personas de gran carácter y criterio. La única forma que pueden lograrlo es tomando muchísimas decisiones. Desde luego, esto quiere decir que tomarán

muchas decisiones equivocadas. Esa es la principal manera de aprender.

Muchas veces, la voluntad de Dios para usted será: «Quiero que tú decidas», porque tomar decisiones es una parte indispensable de la formación del carácter. Dios se dedica principalmente a darle forma al carácter, no a darle forma a las circunstancias.

Y Dios se dedica a las puertas abiertas. Esto significa una nueva manera de ver a Dios. Él prefiere un «sí» a un «no». Le fascinan la aventura y la oportunidad.

Esto significa una nueva manera de ver la vida. No tengo que tenerle miedo al fracaso. No tengo que vivir con miedo a las circunstancias. Cada momento es una oportunidad para buscar una puerta que se abra a Dios y a su presencia.

Esto significa una nueva manera de verme a mí mismo. Ya no estoy limitado por mi pequeñez y mi debilidad. El Dios que me abre la puerta también es el Dios que sabe lo pequeño y lo débil que soy.

Esto significa una nueva manera de elegir. Ya no tengo que vivir bajo la tiranía de la elección perfecta. Dios puede usar incluso lo que parece la «puerta equivocada» si yo la atravieso con un corazón correcto.

Nuestra vida está llena de puertas.

Quizás usted tenga por delante su graduación. Según una encuesta reciente, los adultos jóvenes quieren, sobre todas las cosas, trabajar en un empleo que los inspire y les dé autonomía⁷. Usted quiere buscar su felicidad, pero quizás su felicidad todavía no se haya presentado.

Quizás esté en una transición. Hoy, más que nunca, las personas cambian de empleo, de empresa y de profesión. ¿Cómo puede elegir sabiamente?

Quizás esté estancado. Su vida es sólida, pero no es gratificante. Desea hacer algo más o ser algo más.

Quizás esté afrontando el nido vacío. De pronto, tiene la libertad, el tiempo y las posibilidades que no ha tenido durante unas cuantas décadas. ¿Cuál es la mejor manera de utilizarlos?

Quizás se esté jubilando. Pero sabe que la palabra *jubilarse* no está en la Biblia, y no está listo para morir ni para dedicarse a juegos de ancianos. ¿Qué será lo próximo que Dios tiene para usted?

Quizás esté frente a un cambio repentino. El especialista en profesiones Andy Chan menciona que los adultos jóvenes enfrentarán, en promedio, veintinueve empleos en el transcurso de su vida. Investigadores de Oxford predicen que, durante las próximas dos décadas, casi la mitad de los empleos que existen en la actualidad serán reemplazados por la tecnología⁸. ¿Cómo se adapta usted al entorno cambiante?

Quizás algo lo apasione. Ha viajado fuera del país y ha visto grandes necesidades, o ha estudiado un problema y quiere cambiar las cosas. ¿Cuál será su próximo paso?

Tal vez sea un estudiante que está tratando de decidir a qué universidad ir o qué especialidad elegir. ¿Y si elige una especialidad que no esté en consonancia con su profesión final? (A propósito, todo el mundo elige una especialidad que

no está en consonancia con su profesión. Dígales a sus padres que no se preocupen).

Tal vez esté al borde de una relación emocionante o pensando en casarse. ¿Cómo saber si esta es «la» persona correcta? ¿Y si se equivoca en su elección?

O tal vez esté frustrado por haber perdido una oportunidad en el pasado. ¿Tendrá Dios todavía otra oportunidad para usted?

Muchas personas se confunden en cuanto a tomar decisiones y «la voluntad de Dios para mi vida». Como veremos, aprender a reconocer y a atravesar las puertas abiertas es una habilidad adquirida. La mayoría de las veces, aprendemos más cuando comenzamos por las puertas pequeñas: una palabra amable, un acto de servicio, arriesgarse a una confrontación o una plegaria de confianza.

Cada mañana es una puerta abierta; cada momento puede convertirse en una. Algunos vemos las puertas y las aprovechamos y, de esa manera, la vida se convierte en una aventura divina. Algunos retrocedemos o no la vemos. Una habitación que no tiene puerta es una prisión. Negarse a aprovechar la puerta abierta es perderse la obra que Dios dispuso que nosotros lleváramos a cabo. Si queremos experimentar más del Espíritu de Dios en nuestra vida, tenemos que entrenarnos para buscar y responder a los momentos de la oportunidad divina.

Cada puerta que usted atraviesa significa dejar algo y llegar a alguna parte. ¿Cómo cambiará su vida? ¿Qué le costará? Cada viaje (el suyo, también) estará lleno de incertidumbre, misterio, aventura, frustración y sorpresa.

Desde el principio, las puertas abiertas de Dios se encuentran con los corazones cerrados de las personas. Abram dijo:

*¿Cuáles son los lugares tan lejos adonde quieres que vaya?
¿Cuándo llegaré? ¿Podría pasar por alguna atalaya?*

*¿Necesitaré un plan? ¿Necesitaré un diploma?
¿Necesitaré otras cosas que no me dices ni en broma?*

*¿Dónde está el mapa del plan que tienes para cada cosa?
Debo saberlo todo. Debo hablarlo con mi esposa.*

*Soy viejo. No soy audaz. Hay mucho que te estás saltando.
¿Hay montones de detalles que me debes ir contando!*

¡Y vaya! El Señor no le contó ningún detalle. El Señor es notoriamente vago acerca de detalles como esos. Saber demasiados detalles le quitaría toda la emoción a la aventura. Dios quería que Abram fuera su amigo, y los amigos confían el uno en el otro. No se puede aprender a confiar en alguien sin arriesgarse un poco, sin algo de incertidumbre ni vulnerabilidad.

Dios le dijo a Abram: «Vete a la tierra que yo te mostraré». *¡Oh, cuán lejos llegarás!*

Allí es adonde conduce la puerta abierta. Los lugares lejanos adonde Dios guiará.

Dios abrió una puerta. Abram partió. Y el resto es historia. Y las puertas de usted, ¿adónde lo llevarán?